



Sesgos de género en la interpretación de los restos óseos humanos

Sex, gender and sexuality biases in the interpretation of skeletal human remains

Antonio Higuero¹.@

¹Universidad de Cantabria, Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria (IIIPC). España.

@Autor/a de correspondencia: higuero.antonio@gmail.com

Resumen

Nuestra concepción actual y occidental sobre el sexo y el género como dicotómicos e inmutables, y de las relaciones sexuales entre hombre y mujer como monógamas y solamente con fin reproductor, afectan a la manera sobre como interpretamos el pasado y las narrativas que construimos de él a través de los restos óseos encontrados en excavaciones arqueológicas y paleoantropológicas. Este bodyscape biomédico aplicado destemporaliza estos restos y sirve, en un argumento circular, para justificar conductas y discursos presentes. A través de una serie de ejemplos se observa cómo actúa, su efecto y se propone la aplicación de teorías alternativas sobre el sexo, el género y la sexualidad con el fin de ampliar las perspectivas a la hora de interpretar el pasado.

Palabras clave: Teoría queer, Paleoantropología, Bioarqueología.

Abstract

Our current and occidental conceptions about sex and gender as dichotomic and immutable, and about sexual relations between a man and a woman as monogamous and only with reproductive purposes, affect the way we are interpreting the past and the narratives we build of it through the analysis of human remains from the archaeological and palaeoanthropological record. This applied biomedical bodyscape destemporalizes those remains and serves, in a circular argument, to justify current behaviours and discourses. Through a series of examples is shown how it performs, its effect, and other alternative theories about sex, gender and sexuality are proposed with the goal of broaden our perspectives when interpreting the past.

Keywords: Queer theory, Palaeoanthropology, Bioarchaeology.

INTRODUCCIÓN

El 14 de febrero de 2015 las redes sociales e importantes medios de comunicación, tanto a nivel nacional como internacional, compartieron la noticia de que los amantes más antiguos del mundo habían sido encontrados en una excavación arqueológica en Grecia. Especialmente en la plataforma Facebook, a través de usuarios y páginas de grupos de personas afines a este campo de conocimiento, se produjo una divulgación masiva del descubrimiento tanto en inglés como en castellano. La fecha de publicación no fue una coincidencia: San Valentín, mundialmente reconocido como el día de los enamorados.

Los comentarios de usuarios en las páginas de noticias, en las publicaciones propias y en las ajenas, siempre resaltaban el amor como algo muy valioso y capaz de vencer a la muerte. Algunos ejemplos de comentarios son los siguientes:

- Amor eterno ❤️❤️❤️❤️❤️.

- Los enterraron vivos, el era suicida y abrazó a la aterrorizada mujer, mientras los enterraban, para que no escapara de la tumba.....

- Eso es amor eterno, ni la muerte los separó.

- Wow ese es amor para siempre.

- Ya no cualquiera puede presumir que sólo la muerte los separó...esa es la gran tragedia de la modernidad!

Solamente en grupos especializados y con personas expertas en el tema se produjeron intensos debates sobre la interpretación de los dos esqueletos abrazados como una pareja heterosexual y monógama.

Pero, ¿qué fue lo que se descubrió y lo que los medios de comunicación dieron a conocer? Las noticias más básicas hablaban del hallazgo de dos esqueletos, un hombre y una mujer, cuyo sexo fue determinado mediante pruebas de ADN y con una antigüedad de 5800 años (3800 a.C.). El cuerpo de él aparecía abrazando al de ella, y ambos se encontraban en posición de decúbito lateral derecho con las piernas flexionadas. Otras noticias más completas incluyeron el descubrimiento de otros esqueletos, algunos con haciendo énfasis en un espécimen fetal y otro infantil, así como en objetos de cerámica, perlas y armas.

¿Realmente estas dos personas se amaban? La explicación más sencilla y que parece más lógica es que sí. Si no ¿por qué fueron enterrados juntos y en esa postura que denota un vínculo estrecho entre dos personas? La conducta no fosiliza, con lo cual cuando se trabaja con restos óseos humanos, una gran parte del comportamiento de esas personas cuando estaban vivas tiene que interpretarse a través de la lectura del esqueleto y de las condiciones que rodean al enterramiento. El análisis y la reinterpretación de este ejemplo, ya mundialmente conocido, supone un reto a las narrativas actuales y mayoritarias sobre un pasado heterosexual y monógamo, y es el desafío a estas interpretaciones el punto central de este artículo.

EL CONCEPTO DE BODYSCAPE

Este término, sin traducción al castellano, se define como “expresión de la creencia en la forma perfecta del cuerpo humano que el arte promueve” (Mirzoeff, 1995), como el *Hombre de Vitruvio* de Leonardo Da Vinci. Un

bodyscape se forma a partir de fragmentos reunidos de varios modelos de identidad, no de un todo, y el problema de las representaciones idealizadas y fragmentadas es que las diferencias son esencializadas, especialmente las relativas a raza y género (Mirzoeff, 1995). Este concepto no es solo una abstracción, sino que tiene un impacto en el cuerpo físico produciendo y sosteniendo normas culturales y creencias excluyentes como el sexismo, el racismo o la homofobia (Geller, 2009).

Los *bodyscapes* son construidos cultural y políticamente, son históricamente situados, cambiantes y sujetos a los movimientos culturales globales (Geller, 2009). Estas representaciones se sitúan dentro de procesos de construcción, negociación y deconstrucción constantes y no son meros reflejos del pasado (Blackmore, 2011). Cualquier institución que conciba y cree un “cuerpo perfecto” está relacionada con la creación de este concepto, ya sea desde la educación escolar, los deportes, las fuerzas militares, la ley o la ciencia (Geller, 2009). Pero a pesar de su componente cultural, podemos pensar en el cuerpo físico como un espacio por sí mismo, compuesto por diferencias individuales que permiten examinarlo a diferentes niveles: todo el cuerpo, una parte potencialmente transferible como un órgano, o un fragmento distintivo como un gen (Geller, 2009).

En la sociedad occidental contemporánea, el *bodyscape* biomédico es el que predomina, especialmente en los estudios científicos, siendo un claro ejemplo el cuerpo femenino, ya que mientras el arte lo estetiza, la ciencia lo disecciona, fragmenta y desexualiza (Lutz y Collins, 1993). Los principales mensajes que este *bodyscape* biomédico produce sobre el sexo y el género son:

- El cuerpo masculino, ya desde Aristóteles y Galeno, ha sido el standard (Laqueur, 1990).

- El sexo es dicotómico, inmutable e intercambiable con el género (Geller, 2005). Lo cual ha permitido considerar como patológico cualquier “desviación” de esta norma como los cuerpos intersexuales, la homosexualidad, la transexualidad y lo transgénero.

- El discurso y la práctica científica inevitablemente fragmentan el cuerpo femenino, centrándose en sus partes con potencia reproductora. La implicación es que el cuerpo ideal y normal femenino es uno reproductor (Martin, 2001).

Como es este *bodyscape* médico hegemónico el que se aplica en el estudio de restos humanos óseos y momificados, conduce a unas reconstrucciones de la identidad personal y social, así como a considerar las interacciones entre individuos, muy simplificadas y ‘heteronormativas’, destemporalizando el propio pasado. La destemporalización (Geller, 2009) ocurre cuando “los analistas se mueven del presente al pasado (y vuelta después) sin tener en cuenta las diferencias corporales que poseen un significado en una configuración ambiental, histórica y socioeconómica específica. Consecuentemente, se presentan ciertos comportamientos sociales e interacciones como fruto de la naturaleza humana. Inspeccionándolo más detenidamente, podemos encontrar que muchos argumentos sobre esa “naturaleza humana” están reiterando valores culturales de la sociedad occidental contemporánea. Aunque la investigación en antropología física, y por extensión en bioarqueología, se haya beneficiado en los últimos años de grandes avances metodológicos y tecnológicos, el marco teórico ha sido mínimamente interrogado y expandido

(Geller, 2009).

¿Cómo actúa el *bodyscape* biomédico en Bioarqueología? En primer lugar y con relación a la determinación del sexo en restos óseos humanos que se realiza bien en la propia excavación o ya en el laboratorio. Cada año se publican gran cantidad de artículos científicos relacionados con este tema, tanto que ya casi no queda ninguna porción anatómica que no haya sido explorada en busca de dimorfismo sexual. Los libros de texto de osteología, con los cuales se forman los estudiantes, presentan cuerpos estandarizados y universales a costa de simplificar la variabilidad humana y el sexo es presentado como estrictamente dimórfico a pesar de la advertencia de que el esqueleto presenta variación a lo largo de un continuo en todas sus variables (White y Folkens, 2005).

Por otro lado estaría la interpretación de estas diferencias sexuales en términos de organización social como la dicotomía hombre-productor/mujer-reproductora. Algunos investigadores asumen que la capacidad reproductiva marca una división del trabajo basándose en marcas de actividad/robusticidad y en diferencias en la región pélvica y craneal (Marchi et al., 2006; Sládek et al., 2007). Aún cuando todas estas diferencias son mínimas, el cuerpo femenino es la suma biológica de sus partes reproductoras: huesos pélvicos, úteros, mamas,... Perpetuando una identidad estática y esencializada: las mujeres como reproductoras, inevitablemente ligadas al cuidado de los niños, y cuidando del hogar.

ESTIMANDO EL SEXO DE LOS RESTOS ÓSEOS HUMANOS

La pelvis femenina de nuestra especie, al contrario que la pelvis masculina, se encuentra adaptada para permitir el nacimiento de nuevos individuos. Esta realidad biológica tiene un impacto en la morfología pélvica diferente en ambos sexos y es la base de las diferencias observadas en esta región anatómica (White y Folkens, 2005). Cuando se encuentra un esqueleto con esta zona conservada se pueden realizar una serie de análisis basados en la forma de regiones específicas como pueden ser la escotadura ciática (más abierta y simétrica en mujeres), la concavidad subpúbica (cóncava en mujeres, recta en hombres), el arco ventral (solo presente en mujeres) y la rama isquiopúbica (con un margen más agudo en mujeres), aparte de proporciones y medidas relacionadas con la relación entre altura/anchura de la pieza (White y Folkens, 2005). Si la pelvis no se encuentra presente o está incompleta, de manera que no permita usar estas técnicas, se puede recurrir a ciertos marcadores de dimorfismo sexual que encontramos en el cráneo: la apófisis mastoide, la cresta nuchal o la glabella, todas ellas más marcadas, mayores y más prominentes en el hombre (White y Folkens, 2005). En general también se admite, aunque con cierta prudencia debido a la variabilidad física que encontramos en nuestra especie por diferencias en los procesos de crecimiento y desarrollo de los individuos, que los esqueletos de varones son más robustos que los esqueletos de mujeres debido en parte al mayor tamaño medio de los hombres comparados con las mujeres y al mayor desarrollo de la musculatura.

La variabilidad que se encuentra en estos rasgos se clasifica en cinco categorías ordenadas numéricamente:

mujer (1), posiblemente mujer (2), ambiguo (3), posiblemente hombre (4) y hombre (5) (White y Folkens, 2005). Debido al gran número de factores biológicos, de comportamiento y las características del propio suelo del enterramiento que pueden afectar a la conservación del esqueleto de un individuo, por ejemplo la disposición del cuerpo de la persona fallecida, el método de enterramiento o los procesos tafonómicos que lo afecten, este continuo es una técnica heurística muy útil y muy usada a la hora de estimar el sexo a partir de restos óseos aunque no es concluyente (Geller, 2005). Aparte hay que considerar momentos específicos del ciclo vital en los que esta estimación no es tan fácil como en individuos infantiles en los que los diferentes huesos que forman esas regiones no están aún fusionados, o en el caso de mujeres que ya hayan pasado la menopausia, ya que los cambios hormonales asociados a este proceso pueden producir un robustecimiento del cráneo.

En general la Bioarqueología concibe las diferencias sexuales de tres maneras: basadas en la biología (diferencias pélvicas, genitales, capacidad reproductiva,...), basadas en rasgos genotípicos y fenotípicos, y como categorizable en opuestos binarios (hombre-mujer) donde el ser "ambiguo" se relaciona con el grado de confianza del investigador y no con la variabilidad entre ambos extremos (Geller, 2005).

En los últimos años el sexo ha pasado de ser considerado una determinación biológica y la base sobre la que construir las diferencias de género, a ser un concepto sociocultural e históricamente contingente, que además no podemos aplicar universalmente (Butler, 1999). Así mismo el género estaba determinado a su vez por el sexo del individuo, por ejemplo la construcción del género femenino se ha apoyado mucho en las capacidades reproductoras de las mujeres y en su supuesta predilección por criar a sus descendientes (Ortner y Whitehead, 1981). Un claro ejemplo de cómo la decisión de asignar a un esqueleto un sexo u otro es cultural lo proporciona Claseen (1992) cuando dice "Uno puede decir que el 60% de los rasgos son femeninos, 40% son masculinos y yo voy a etiquetar este cuerpo como femenino". Negar la construcción cultural del sexo es etnocentrista y cientifista, ya que se privilegia la comprensión occidental sobre el cuerpo y la supuesta objetividad de las ciencias naturales (Geller, 2005).

Mención aparte en este punto merece el tema de la intersexualidad. Como ya se ha comentado para el *bodyscape* biomédico, el sexo es dicotómico y cualquier intermedio entre los dos opuestos es considerado anormal y patológico. La RAE define la intersexualidad como "Cualidad por la que el individuo muestra, en grados variables, caracteres sexuales de ambos sexos." Históricamente se les ha conocido como hermafroditas, término que la comunidad intersexual contemporánea rehúsa, y se les ha clasificado en "hermafroditas verdaderos" cuando tenían un ovario y un testículo (u órgano mezcla de ambos conocido como ovotestículo) o en "pseudohermafroditas" cuando mostraban ovarios o testículos combinados con otros caracteres del sexo opuesto (Dregger, 1998). Actualmente existe otra clasificación (Conte y Grumbach, 1989) que distribuye a los individuos intersexuales en cuatro grupos: los desórdenes de diferenciación gonadal, entre los que se incluye el "hermafroditismo auténtico"; el pseudohermafroditismo femenino que presentan aquellos

individuos con genotipo XX y masculinización de ciertos rasgos; el pseudohermafroditismo masculino, aquellos con genotipo XY y genitales y cuerpo feminizados; y formas no clasificadas de desarrollo sexual anormal como alteraciones del metabolismo de la testosterona. Aunque los individuos intersexuales no sean muy comunes, lo cierto es que la intersexualidad es una realidad biológica, estimándose que suponen un 1,73% de la población (Fausto-Sterling, 2000). Esa proporción indica que en España, con una población de 46,77 millones de personas, existirían más de 800.000 personas con cualquiera de estas condiciones.

Respecto al registro arqueológico no tenemos evidencia de intersexuales ya que los tejidos blandos rara vez se conservan como en los diferentes procesos de momificación, aunque sí existe de individuos que podrían presentar un tercer género aparte del masculino y femenino, o que fluctuasen entre ambos. En este caso, la ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia y las propias manifestaciones de algunas condiciones intersexuales o no se manifiestan en el esqueleto o no son patognomónicos (síntoma que caracteriza y determina una enfermedad) de tal condición. Algunos ejemplos son el síndrome de Turner, el de Klinefelter o la insensibilidad androgénica. El primer síndrome se caracteriza por la ausencia parcial o total de un cromosoma X en mujeres y entre los rasgos que presenta y que pueden dejar registro en el esqueleto están la baja estatura, osteoporosis, artritis, escoliosis e infecciones del oído medio (Kelly, 2013). El síndrome de Klinefelter afecta a hombres que presentan al menos un cromosoma X de más (mínimo XXY) y entre sus síntomas estaría la musculatura menos desarrollada, la talla elevada en edad adulta, cáncer de pecho, osteoporosis o alteraciones dentales (Odom, 2009). El síndrome de insensibilidad androgénica se da en individuos con genotipo XY pero con resistencia a la acción de la testosterona, siendo los estrógenos la única hormona “sexual” que tiene efecto en su cuerpo y dándole apariencia total de mujer, mamas y vagina incluida (sin útero ni ovarios, pero con testículos) (Hughes y Deeb, 2006). Aunque estos signos dejen registro en el esqueleto no son patognomónicos de ninguna condición intersexual ya que una estatura más baja o alta no es indicativa de ninguna enfermedad (excepto en casos de enanismo o acromegalia), la artritis y osteoporosis son relativamente frecuentes en esqueletos pertenecientes a personas maduras, la escoliosis tiene su origen en el crecimiento anómalo de la columna vertebral del individuo,... Algunos rasgos no quedan registrados en los restos óseos, como las cataratas, los genitales subdesarrollados o los niveles hormonales en el caso del síndrome de Turner; la ginecomastia, el micropene o la acumulación “femenina” de la grasa en síndrome de Klinefelter (Odom, 2009); o la inexistencia de útero y ovarios o los niveles de testosterona de un hombre en el caso de la insensibilidad androgénica.

HETEROSEXUALIDAD, MONOGAMIA Y FAMILIAS NUCLEARES

Aunque los investigadores están de acuerdo en que en la mayoría de los casos la sexualidad de un individuo no es accesible a través de su esqueleto, el *bodyscape* biomédico marca que las conductas sociosexuales son aquellas que se dan entre un varón productor y una mujer reproductora

unidos monogamamente, respondiendo al fuerte imperativo biológico de reproducirse, especialmente las mujeres (Witting, 1982), destemporalizando los restos. El hecho de inferir conductas sociales a partir de datos biológicos tiene especial importancia en paleoantropología, donde a pesar de las críticas desde una perspectiva feminista (Adovasio et al., 2007; Taylor, 2006), el protagonismo del pasado sigue perteneciendo a los varones heterosexuales y se siguen justificando conductas actuales codificándolas como “naturaleza humana” (Hager, 1997) con la complicidad de los medios de comunicación, como más adelante se tratará.

Los mejores ejemplos para ilustrar estas presuposiciones provienen del género *Australopithecus*, unos homínidos que vivieron hace 2.9 – 3.9 millones de años en la zona este de África (Etiopía y Kenia) y en directa relación con el género *Homo* (Cartmill et al., 2009). Varios autores que estudiaron restos de *Australopithecus afarensis* (una de las especies de este género) aseveraron que la estructura social de estos seres eran relaciones monógamas entre individuos de diferente sexo, de esta manera el macho proveía de alimentos a la hembra y a sus crías (Larsen, 2003; Reno et al., 2003), siguiendo el esquema de familia nuclear patriarcal. Como los propios autores reconocen, estos descubrimientos tienen una implicación importante en la comprensión de la conducta y organización social de las poblaciones humanas, pero siguen asumiendo estos comportamientos como naturales (Larsen, 2003), así como destemporalizando los restos encontrados. Se crea de esta manera un argumento circular: se analiza el pasado desde el punto de vista del presente, y se usa esa narrativa creada sobre el pasado para justificar conductas presentes. El lapso de tiempo desde que esas poblaciones vivieron en X hace X millones de años hasta las actuales que habitan en cualquier país occidental se ve como una dificultad para extrapolar comportamientos pero sin necesidad de cuestionar el enfoque usado.

La misma visión heteronormativa del pasado también actúa, y a nivel más público y divulgativo, a la hora de interpretar las huellas de Laetoli, estos restos fósiles consisten en las huellas de tres individuos de diferente tamaño, dos de los cuales tendrían la estatura de adulto y un tercero que sería un individuo infantil. El rastro que dejan las huellas de los dos adultos se encuentran tan cerca unas de las otras que denotan una cercanía entre los dos cuerpos, o como la escena es típicamente representada, con el adulto de mayor altura pasando el brazo por encima del hombro del adulto de menor tamaño. Muchos museos con un apartado de evolución humana, como el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid o el Museo Británico de Historia Natural de Londres, tienen una reproducción de estos restos que se presentan e interpretan como un macho protegiendo y reconfortando a la hembra en la postura mencionada, y la cría de ambos jugando con las huellas de sus padres. A pesar de que el posible dimorfismo sexual de *Australopithecus* sigue cuestionándose (Hager, 1997; Zihlman, 1997), y de las interpretaciones alternativas (las huellas podrían pertenecer a un grupo de hermanos, a un progenitor con dos crías de diferente edad, a individuos sin relación genética,...), la explicación hegemónica es la de una pareja heterosexual, monógama, nuclear y patriarcal. Estos dos ejemplos ilustran bien como las interpretaciones que marca el *bodyscape* biomédico llegan hasta millones de años atrás en el tiempo

y pueden ser usadas, no ya por investigadores, si no con fines políticos y religiosos para justificar conductas aún existentes en nuestra sociedad actual como es el machismo y la homofobia, y en esta divulgación de un pasado destemporalizado tienen mucho impacto los medios de comunicación, cuyo rol es presentado a continuación.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y EL PASADO: UNA RELACIÓN COMPLICADA

Volviendo al comienzo del artículo, los dos esqueletos abrazados, podemos observar como la interpretación heteronormativa se impuso a otras posibles interpretaciones relacionadas con lazos sanguíneos (hermanos, primos, padre/madre-hijo/hija,...) u otras relaciones sociales (compañeros de trabajo, amistad,...). Los dos esqueletos pertenecían a una pareja heterosexual y monógama que se amó hasta que fueron enterrados juntos y cerca de los hijos que tuvieron, los especímenes fetal e infantil. El *bodyscape* biomédico no solo está presente en el análisis de los restos óseos humanos de origen arqueológico, también actúa a otros niveles del conocimiento científico como es la divulgación: lo que se cuenta y lo que el público recibe.

En el registro arqueológico y paleoantropológico existen numerosos ejemplos de familias ejemplares y "Romeos y Julietas", sobre todo originarios de Europa. Haak et al. (2008) desenterraron varios grupos de individuos de un yacimiento Neolítico en Francia, una de las tumbas, la número 99, contenía un hombre y una mujer adultos y dos niños. Posteriores pruebas moleculares revelaron una conexión parental entre ellos, lo cual se interpretó como una evidencia de una "familia nuclear clásica" (Haak et al., 2008), y aunque los autores no confirmaran que este modelo de familia sea el más antiguo o el más universal, los medios (podemos llamarlo *mediascape*) usaron la noticia como una forma de perpetuar el modelo heterosexista del pasado. Nada se dijo de las tumbas 98 y 90 en la que se encontraron una mujer y tres niños no relacionados genéticamente y una mujer adulta y un infantil respectivamente, y que podría interpretarse como madres adoptivas, o "padre soltero" con dos niños de la tumba 98. Toda esa variabilidad en los enterramientos fue ignorada.

En febrero de 2007, otra vez en el "mes de los enamorados", se dio a conocer un enterramiento muy similar al de Grecia pero en Italia, con los dos esqueletos (un varón y una mujer) abrazados cara a cara, y con una antigüedad parecida de 5.000 años. Desde el bautizo de la pareja de individuos como "Romeo y Julieta" ya que fueron encontrados cerca de la ciudad en la cual Shakespeare se inspiró (David, 2007), hasta miembros del equipo de excavación declarando que "todavía se sentía el amor que se profesaban el uno al otro" (cita textual), se continuaba con la narrativa de la pareja heterosexual y monógama. Podríamos preguntarnos si en el caso de haberse encontrado dos individuos del mismo sexo se hubiese dado la misma publicidad.

BODYSAPES ALTERNATIVOS Y TEORÍA QUEER

La teoría queer es una teoría crítica que "desafía las ideas de normalidad que dan base a las instituciones y prácticas sociales. Desde una perspectiva queer nada es

natural ni normal, todo es una construcción social y cultural. Su rechazo a cualquier tipo de diferencia inalterable, permite que los opuestos binarios sean reemplazados por la proliferación de diferencias que la propia teoría se niega a jerarquizar (Weedon, 1999). Queer es por definición "cualquier cosa que desafíe lo normal, lo legítimo y lo dominante, sin necesidad de referirse a nada en concreto" (Halperin, 1995). Los teóricos pioneros de esta teoría como Sedgwick, Butler o de Lauretis expresaron sus ideas en el terreno de lo discursivo, como la semiótica y los discursos. Sin embargo, su aplicación no se limita a este campo, también nos permite plantearnos *bodyscapes* alternativos que nos faciliten la exploración de otras posibilidades fisiológicas y sociales. Estudios previos han demostrado la utilidad de este enfoque a la hora de analizar diferentes aspectos del pasado como la masculinidad (Alberti, 2006), sociedades con otros modelos socioeconómicos como cazadores-recolectores (Cobb, 2005), relaciones sociosexuales (Dowson, 2006), enterramientos considerados como "atípicos" (Halsall, 2001), incluso restos cerámicos (Gero, 2004).

En este caso, las categorizaciones dicotómicas pertinentes a sexo (hombre/mujer), género (masculino/femenino) o conductas sexuales (heterosexual/homosexual), no capturan ni el amplio espectro ni la fluidez que existe entre los extremos de estas categorías. En palabras de Halperin, otro de los primeros autores que trabajaron en esta teoría, "es desde la posición ocupada por el observador queer que se hace posible visualizar una nueva variedad de posibilidades para reordenar las relaciones entre comportamientos sexuales, identidades eróticas, construcciones del género, modos de autoconstrucción (...), lo que viene siendo las relaciones entre poder, verdad, y deseo" (1995). De esta manera, la palabra "queer" no actúa como un adjetivo si no como un verbo (queerizar), al ser el acto mismo de deconstruir o, al menos cuestionar, las categorías y las metodologías naturalizadas dentro de un discurso (Sullivan, 2003; Blackmore, 2011), en este caso el discurso que crea el *bodyscape* biomédico: un pasado heterosexual, monógamo, patriarcal y con una reproducción compulsiva por parte de sus miembros. Al queerizar el pasado no estamos refiriéndonos a que todos los individuos mantuviesen relaciones con personas de su mismo sexo, no se busca el origen de la homosexualidad ni se trata de promover dichas prácticas, algo que autores como Parkinson han criticado, si no de reconocer la existencia histórica de diferentes modos de vivir.

La crítica de Parkinson fue realizada sobre el análisis queer de dos momias masculinas de la quinta dinastía egipcia (2.500 - 2.350 a.C.), Nianjnum y Jnumhotep, servidores del faraón Nyusera (Rice, 2001). A pesar de aparecer en los relieves de la tumba representados juntos y de una forma muy íntima, el *bodyscape* imperante se impuso y primaron las interpretaciones familiares (hermanos, padre-hijo) o de amistad (Basta, 1979; Harpur, 1981; Baines, 1985). A principios de los años 90, Reeder (1993) propuso que los dos individuos eres amantes, argumento apoyado por estudios sobre cómo eran representadas las parejas marido-mujer durante la cuarta, quinta y sexta dinastía (Cherpion, 1995). Dos son las críticas de Parkinson sobre la posibilidad de que estos dos individuos fuesen amantes, la primera basada en que ambos estaban a su vez casados con mujeres y tenían

hijos, lo cual imposibilitaría que fuesen amantes porque las relaciones serían monógamas. La segunda crítica fue una acusación por parte de este autor y de Meskell (1999, 2002) posteriormente de que Reeder, abiertamente homosexual y cuya primera interpretación fue publicada en una revista gay (*The Advocate*) al alcance del público general y no en un *journal* académico, estaba manipulando datos arqueológicos en favor de una determinada política sexual contemporánea. El hecho de que los dos individuos enterrados juntos, y supuestos amantes, ostentaran el título de “peluqueros y cuidadores de la manicura real” llevó a Parkinson a criticar una proyección de estereotipos actuales de varones homosexuales (como el afeminado peluquero) al pasado, dándole la vuelta a la destemporalización producto del *bodyscape* biomédico para usarlo en su contra. Como Dowson (2000) expresó “el arqueólogo masculino heterosexual tiene un privilegio epistemológico sobre el arqueólogo homosexual”, al que es fácil acusar de que la creación de una narrativa diferente a la hegemónica sirve a otros fines que no sean el conocimiento del pasado, y como tal permite descartar teorías alternativas a las que configuran un pasado formado por familias heterosexuales y monógamas muy sencillamente, refugiándose en la existencia de una agenda “gay” en términos peyorativos. Estos hechos además nos informan de la homofobia existente incluso en el mundo académico.

CONCLUSIÓN: REPLANTEARNOS EL PASADO

En su libro “Epistemología del armario”, Sedgwick (1990) presentaba el axioma de que todas las personas son diferentes entre sí, extrañándose a su vez de las pocas herramientas conceptuales existentes, aún en la actualidad, para trabajar con este hecho autoevidente. En el pasado, al igual que en la actualidad, han existido diferentes formas de ser humano, y son esas maneras las que hay que tener en cuenta a la hora de interpretar la conducta humana a través de los restos óseos encontrados.

Este planteamiento (queerizar el pasado) no quiere decir que el trabajo realizado hasta ahora haya sido en vano o que todos los años de investigación en el campo de la Paleantropología no sirvan para nada sino que su metodología de investigación se ha centrado en una sola narrativa del pasado: el heterosexual, monógamo y reproductor. Además esta perspectiva nos permite deconstruir y desnaturalizar los opuestos binarios relativos a sexo, género y conducta sexual (Blackmore, 2011; Cobb, 2006), replantearnos nuestras propias suposiciones sobre los mismos y el impacto que tienen en la creación de narrativas acerca del pasado (Cobb, 2005) y, por último, preguntarnos como trabajan ciertas categorizaciones, que interpretaciones legitiman y que relaciones con otras crean (Sedgwick, 1990). Hasta ahora hemos explorado, estudiado y analizado el pasado observando en una sola dirección, ya es el momento de que amplíemos nuestras miras y reconozcamos que hay diferentes maneras de vivir.

REFERENCIAS

Adovasio, James; Soffer, Olga y Page, Jake. 2007. *The Invisible Sex: Uncovering the True Roles of Women in Prehistory*.

- Washington DC: Smithsonian Books.
- Alberti, Benjamin. 2006. Archaeology, men and masculinities. En Milledge nelson, Sarah (ed.) *Handbook of Gender in Archaeology*, 401-434. Walnut Creek, CA: AltaMira.
- Baines, J. 1985. Egyptian twins. *Orientalia*, 54: 461-482.
- Basta, M. 1979. Preliminary report on the excavation at Saqqara (1964) and the discovery of a tomb from the 5th Dynasty. *Annales du Service des Antiquités de l’Egypte*, 63: 1-50.
- Blackmore, Chelsea. 2011. How to queer the past without sex: queer theory, feminisms and the archaeology of identity. *Archaeologies: Journal of the World Archaeological Congress*, 7: 75-96.
- Butler, Judith. 1999. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge.
- Cartmill, Matt; Smith, Fred y Brown, Kaye. 2009. *The Human Lineage*. New Jersey: Wiley-Blackwell.
- Cherpion, N. 1995. Sentiment conjugal et figuration à l’Ancient Empire. *Sonderschriften des Deutschen Archäologischen Institut in Kairo*, 28: 34-45.
- Claseen, C. 1992. Exploring Gender through Archaeology. Selected Papers from the 1991 Boone Conference. *Monographs in World Archaeology* No. 11. Madison, WI: Prehistoric Press.
- Cobb, Hannah. 2005. Straight down the line? A queer consideration of hunter-gatherer studies in north-west Europe. *World Archaeology*, 37: 630-636.
- Cobb, Hannah. 2006. (Dead) Bodies that matter? Examining prehistory from a queer perspective. *Conference Proceedings - Thinking Gender - the NEXT Generation*, 8.
- Conte, F.A. y Grumbach, M.A. 1989. Pathogenesis, classification, diagnosis, and treatment of anomalies of sex. *Endocrinology*, 3: 1810-1847.
- David, Ariel. 2007. Prehistoric Romeo and Juliet Discovered. *NBCNews*, 20/10/2015.
- Downson, Thomas A. 2000. Why queer archaeology? An introduction. *World Archaeology*, 32: 161-165.
- Dowson, Thomas. 2006. Archaeologists, Feminist and Queers: Sexual Politics in the Constructions of the Past. En Geller, Pamela y Stockett, Miranda (eds.) *Feminist Anthropology: Past, Present, and Future*, 89-102. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Dregger, A.D. 1998. *Hermaphrodites and the medical invention of sex*. Cambridge: Harvard University Press.
- Fausto-Sterling, Anne. 2000. *Sexing the Body: Gender politics and the construction of sexuality*. New York: Basic Books.
- Geller, Pamela L. 2005. Skeletal analysis and theoretical complications. *World Archaeology*, 37: 597-609.
- Geller, Pamela L. 2009. Bodyscapes, Biology and Heteronormativity. *American Anthropologist*, 111: 504-516.
- Gero, Joan. 2004. Sex pots of Ancient Peru: Post-gender relations. En Oestigaard, Terje; Anfinset, Nils y Saetersdal, Tore (eds.) *Combining the past and the present: Archaeological Perspectives on Society*, 3-22. Oxford: BAR International Series.
- Haak, Wolfgang; Brandt, Guido; de Jong, Hylke; Meyer, Christian; Ganslmeier, Robert; Heyd, Volker; Hawkesworth, Chris; Pike, Alistair; Meller, Harald y Alt, Kurt. 2008. Analysis of DNA, strontium isotopes, and osteological analysis shed light on social and kinship

- organization of the Later Stone Age. *Proceedings of the National Academy of Science*, 47: 18226-18231.
- Hager, Lori D. 1997. Sex and gender in paleoanthropology. En Hager, Lori (ed.) *Women in Human Evolution*, 1-28. New York: Routledge.
- Halperin, David. 1995. *Saint Foucault: Towards a Gay Hagiography*. New York: Oxford University Press.
- Halsall, Guy. 2001. Material culture, sex, gender and transgression in sixth-century Gaul: some reflections in the light of recent archaeological debate. En Bevan, Lynne (ed.) *Indecent Exposure: Sexuality, Society, and the Archaeological Record*, 130-146. Glasgow: Cruithne.
- Harpur, Y.M. 1981. Two Old Kingdom tombs at Giza. *Journal of Egyptian Archaeology*, 67: 24-35.
- Hughes, I.A. y Deeb, A. 2006. Androgen resistance. *Best Practice and Research: Clinical Endocrinology & Metabolism*, 20: 577-98.
- Kelly, Evelyn B. 2013. *Encyclopedia of human genetics and disease*. Santa Barbara: Greenwood.
- Laqueur, Thomas. 1990. *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*. Cambridge: Harvard University Press.
- Larsen, Clark. 2003. Equality for the Sexes in Human Evolution? Early Hominid Sexual Dimorphism and Implication for Mating Systems and Social Behaviour. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 100: 9103-9104.
- Lutz, Catherine y Collins, Jane. 1993. *Reading National Geographic*. Chicago: University of Chicago Press.
- Marchi, Damiano O.; Vitale, Sparacello; Holt, Brigette y Formicola, Vincenzo. 2006. Biomechanical Approach to the Reconstruction of Activity Patterns in Neolithic Western Liguria, Italy. *American Journal of Physical Anthropology*, 131: 447-455.
- Martin, Emily. 2001. *The Woman in the Body: A Cultural Analysis of Reproduction*. Boston: Beacon.
- Meskel, L.M. 1999. *Archaeologies of Social Life: Age, sex, class et cetera in Ancient Egypt*. Oxford: Blackwell.
- Meskel, L.M. 2002. *Private Life in New Kingdom Egypt*. Princeton: Princeton University Press.
- Mirzoeff, Nicholas. 1995. *Bodyscape: Art, Modernity and the Ideal Figure*. New York: Routedge.
- Odom, Samuel L. 2009. *Handbook of developmental disabilities*. New York: Guilford.
- Ortner, Sherry y Whitehead, Harriet. 1981. Introduction: accounting for sexual meanings. En Ortner, Sherry y Whitehead, Harriet (eds.) *Meanings: The Cultural Transition of Gender and Sexuality*, 1-28. Cambridge: Cambridge University Press.
- Reeder, G. 1993. United for Eternity. *A Modern Journal of Ancient Egypt*, 4: 22-31.
- Reno, Phillip; Meindl, Richard; McCollum, Melanie y Lovejoy, Owen. 2003. Sexual Dimorphism in Australopithecus Afarensis Was Similar to That of Modern Humans. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 100: 9404-9409.
- Rice, Michael. 2001. *Who's Who in Ancient Egypt*. New York: Routledge.
- Sedgwick, Eve Kosofsky. 1990. *Epistemology of the Closet*. Berkeley: University of California Press.
- Sládek, Vladimír; Berner, Margit; Sosna, Daniel y Sailer, Robert. 2007. Human Manipulative Behaviour in the Central European Late Eneolithic and Early Bronze Age: Humeral Bilateral Assymetry. *American Journal of Physical Anthropology*, 133: 669-681.
- Sullivan, Nikki. 2003. *A Critical Introduction to Queer Theory*. New York: New York University Press.
- Taylor, Timothy. 2006. The Origins of Human Sexual Culture: Sex, Gender and Social Control. *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 18: 69-105.
- Weedon, Chris. 1999. *Feminism, Theory and the Politics of Difference*. Oxford: Blackwell Publishers.
- White, Tim y Folkens, Pieter. 2005. *The Human Bone Manual*. New York: Elsevier Academic Press.
- Witting, Monique. 1982. The Category of Sex. *Gender Issues*, 2: 63-68.
- Zihlman, Adrienne. 1997. The Paleolithic Glass of Ceiling: Women in Human Evolution. En Hager, Lori (ed.) *Women in Human Evolution*, 91-113. New York: Routledge.